

# EL PALACIO DE LOS CALIFAS EN CORDOBA

El lugar en que está emplazado el actual Alcázar fué desde tiempos muy lejanos residencia de reyes y magnates: las crónicas árabes decían que «los sultanes infieles» habitaban un palacio maravilloso a orillas del Guadalquivir. Cuando, en la época romana, Córdoba era capital de la Bética, existía, desde luego, y se conservan restos de muros que así lo demuestran.

Pero hay que llegar a la dominación goda para tener referencias más concretas: esta residencia se llamó Rudzrik (Palacio de Rodrigo). La invasión árabe destruyó estas construcciones para levantar el famoso palacio, cuyas ruinas en parte todavía se conservan. Fué el Emir Abderramán I quien realizó la obra más importante, emulando los palacios de Siria, en donde pasó su juventud. De cómo era esta residencia, poco existe en pie, pero, en cambio, las crónicas árabes nos detallan con precisión maravillosa cómo era este palacio.

La crónica del moro Rasis nos dice media dos leguas y tres cuartos de extensión. El edificio, con aspecto de fortaleza, bordeaba el Guadalquivir, y, en ese costado, se hallaba una gran explanada que encuadraban dos preciosas mezquitas; al centro, la entrada principal, llamada «azuda», por estar frente a los actuales molinos; la puerta estaba formada por maderas cubiertas de chapas de hierro, con un precioso llamador, traído como botín de Narbona (Francia); inmediato se hallaba un alto poste, del que se colgaban los cadáveres de los rebeldes. Del palacio, un pasadizo comunicaba con la gran mezquita, destinado exclusivamente al Califa y su séquito. Otras puertas más daban acceso a la enorme masa de edificaciones que formaban la residencia califal.

Tres partes constituían el palacio: primeramente, las oficinas de la cancellería y multitud de altos empleados, esclavos, soldados y servidores de tan fastuosa corte. Seguía después la residencia particular del Emir (cuando se creó el Califato todas estas dependencias se trasladaron a Medina Azahara), en donde se hallaban centenares de eunucos, esclavas y la familia del soberano; preciosas decoraciones debió tener el palacio, a juzgar por las descripciones de los embajadores que vinieron de otros países y que decían no haber visto cosa igual en parte alguna. Al fondo se hallaban los jardines, maravillosos, con plantas y árboles traídos de Siria, como palmeras, naranjos, flores y frutas entonces desconocidas en España; estos jardines se hallaban